

XXXVIII.

LÓGICA Y SOFISMA.

Inesperada llegó la joven á casa de sir Roberto, y menos esperaba ella el espectáculo que se le presentó delante. Allí estaba John, como de costumbre. Si Julia hubiese imaginado antes tal encuentro, hubiérase ceñido á dejar al portero una tarjeta; mas no sospechando nada, se hizo anunciar, y, anunciada, fué introducida. John tuvo un placer grandísimo. Ni le preocupaba la idea de que Julia pudiese decir que lo había visto en aquella casa: parecía que había condescendido demasiado con su madre, sirviéndose de la estratagema de la caza. Pensando sólo en lo que requerían

sus estudios; según él los llamaba, se alegró de su presencia, creyendo que podría, con su saber católico, aclarar cualquiera duda que surgiese.

Sir Roberto Smith, más acostado que sentado en su anchísima butaca, hizo cordial aunque breve recibimiento á la joven cortés, y á la embajatriz de mistress Needle, pronto volvió á reanudar su plática con el joven. Esta vez no se ventilaban teorías sueltas, tratándose del protestantismo en globo. Rendido el pobre viejo por el mal, y por añadidura fatigado á consecuencia de las interminables disputas de los días anteriores, había inventado un expediente, con el fin de ahorrar la voz y el pulmón. Tenía entre ciertas hileras de papeles polvorosos, un gran cuaderno, ó más bien un tomo de cuadernos cosidos por el dorso, en el cual había ido consignando sus sistemas religiosos; poco á poco los iba corroborando con algunos textos de la biblia. En vez de ventilar con el joven sus propias ideas, se contentó con hacerle buscar el paquete de los escritos, y con hacérselo leer, glosándolo si lo consideraba oportuno, é ilustrándolo. Queriendo también introducir á miss Julia en el debate la dijo:—

Señorita gentil: me consta que os placent los estudios religiosos, y me consta igualmente que ahondais más que ciertos sabios graves...

—Siempre cumplimentero, sir Roberto Smith.

—No lo digo por galantería. Hasta juzgo que en nuestro entretenimiento académico venís como una oyente conocedora del asunto: os quiero por juez y presidenta.

—Pues yo, repuso Julia, invoco contra vos la ley sálica, que excluye del trono á las mujeres. Aunque yo estuviera en disposición de poder decidir con algún acierto, quisiera siempre tomarme tiempo para dar sentencia; y sólo puedo detenerme aquí un instante, para tener el consuelo de llevar á Fiésolo buenas noticias de vos.

—Hay tiempo para todo, dijo entonces John. También yo cuento volver á Fiésolo á pie, después (entonces dejó escapar una sonrisa), después de haber provisto cómodamente mi surrón: vos en coche llegareis muy á tiempo.—

Añadió sir Roberto Smith:—Ni queremos fastidiaros con largas conversaciones. Tengo aquí ciertos apuntes, que tomé cuando era joven y tenía humor para teológi-

zar. Es una cosa escrita con cien interrupciones y en cien lugares, sin otra hilación que la fantaseada por mi capricho. Mas posteriormente (añadió el viejo con complacencia) he vuelto á peinar estos rizos diseminados en la juventud, y puedo decir que forman la esencia de mi religión, expresada después de cuarenta años de meditar la Sagrada Escritura y la historia del protestantismo. Ahora precisamente hacía yo leer un trozo al señor John, respondiendo á sus preguntas sobre la naturaleza y condiciones de la iglesia cristiana...

—Preveo, dijo Julia interrumpiéndole, que con disgusto grande me será forzoso condenaros, si debo fallar.

—Sí y no, repuso el viejo. En el cuerpo del proceso nos hayaremos conformes; no lo dudó. Sólo la conclusión final os parecerá inaceptable. Esto no impedirá que aprecie vuestra leal independencia, y que vos me conserveis, según espero, vuestra estimación. Por gracia, mi buen amigo, releed desde el principio, para que miss Julia comprenda el estado de la cuestión.

El joven leyó lo siguiente: “¿Es preciso pertenecer á una iglesia? Contestación: Si,

señor. Cuantos quieran profesar la Religión revelada por Jesucristo, cosa de necesidad estricta para los que no quieran ir á la casa del diablo, deben absolutamente agregarse á la iglesia fundada por el Salvador, Redentor y Maestro del mundo. La Escritura lo dice claramente; la voz tradicional de todo el cristianismo viejo lo repite alto con los monumentos históricos; gran número de protestantes y los papistas convienen en ello. No lo he dudado, no lo dudo y no lo dudaré: si lo pusiera en duda, el primero que me encuentre á mi en la calle, me puede atar y conducir á la casa de locos más próxima."

—¡Bravo, señor Smith! exclamó Julia: á lo menos sois de los protestantes ortodoxos, y no de los *racionalistas*, que tienen en un zapato biblia é iglesia.

—También yo los tengo en un zapato, respondió Smith. A los protestantes *racionalistas* los considero animales irracionales, por no decir animales inmundos, cuya lógica única es el paralogismo y cuya sola divinidad es el vientre. Mas oíd, y vereis que soy protestante tan ortodoxo en las premisas, como heterodoxo en las consecuencias.—

John siguió leyendo: "¿Cuál es la igle-

sia fundada por Cristo? Respuesta: En teoría, es la cosa que se puede determinar más fácilmente. Cristo fundó su iglesia por medio de los apóstoles; aquella sociedad cristiana, pues, cuyos orígenes, cuya fe y cuyas instituciones se remontan hasta los apóstoles, constituye la verdadera iglesia. Intención del Fundador fué que se difundiese por todos los extremos del mundo, y que por todas partes llevara el germen de la santidad con leyes santas: sobre todo, Cristo le imprimió el carácter de unidad; unidad absoluta en el dogma, en el amor recíproco de los miembros y en la confederación social. Hállase todo escrito en la biblia con caracteres brillantes: no lo desconocen los católicos romanos, ni los rusos, ni los orientales; muchas iglesias protestantes, como la mia anglicana, recitan el símbolo: "Creo en la iglesia una, santa, católica, apostólica." Hasta aquí no tropieza el hombre sincero.

—No está todo, dijo Julia; mas lo dicho es verdadero. Por ahora suscribo vuestra fe.

John prosiguió la lectura: La dificultad seria principia cuando se quiere determinar en la práctica cuál es la sociedad cris-

tiana embellecida con tales distintivos. Responderé con un poeta italiano:

*Ch vi sia ciascum lo dice  
Deve sia nessun lo sa [1]."*

— ¡Poco á poco! repuso Julia. Hago mis reservas: sostengo que la iglesia papista, como la llamais, lleva en su frente dichos caracteres visibles, resplandecientes, brillantes, indelebles, que la señalan al mundo como la única sociedad establecida por Cristo.—

Contestó Sir Roberto Smith, si darse por ofendido:— ¡Feliz vos, miss Julia, que podéis manteneros en tal persuasión! Puedo creer también yo que los católicos, más que los restantes cristianos, pueden estar con justicia orgullosos hasta cierto punto de su iglesia. Mas no me refiero á ella: discuto simplemente los títulos de nuestras iglesias protestantes, y afirmo que, ateniéndose á su profesión de fe, ninguna tiene los caracteres esenciales que se demandan, así como que, renunciando á sus dogmas manipulados por los hombres, todas puedan tenerlos, y constituir la verdadera iglesia.

[1]

Que existe, todos lo dicen;  
Mas ninguno sabe donde.

—Será un prodigio, contestó Julia, si probais la segunda parte de vuestro aserto. Mas oigamos.

El joven prosiguió, con atención suma: “¡La iglesia apostólica! Sí: más preguntad á un luterano como el luteranismo comenzó desdelosa póstoles, y se pondrá seguidamente á reir, si es un hombre serio. Entre el nacimiento de la reforma y el tiempo apostólico existe una laguna de quince siglos. Fingir que los dogmas de Lutero, referentes al albedrío siervo y á la babilonia de Roma, estuvieran latentes durante mil quinientos años, y que, trascurridos, sólo él lo supo leerlo en la Escritura, siendo suscitado por Dios cual otro Elías, son patrañas buenas para referidas al fuego en los inviernos de Sajonia. Si á lo menos el apóstata después de haberse subido al tercer cielo para oír las ocultas revelaciones, no se hubiera precipitado de súbito á la tierra para tomar mujer! ¡Más todos los apóstoles de la reforma hicieron lo mismo! Tu vieron nunca la humorada Calvino, Zuin-glio y Enrique VIII de considerarse oyentes de los apóstoles Pedro y Pablo? ¿Qué apóstol instruyó á Mucer para que fabricarse la Iglesia de los anabaptistas? ¿Quién ordenó la de Schwedemborg? ¿Quién despa-

chó al zapatero Fox para hilvanar la de los *cuáqueros*? ¿Fué por ventura un apóstol el que instituyó, casi al mismo tiempo, la de los *Ernuteros*, la de los *Muggletonianos*, la de los *Sandemanianos* la de los hermanos de Plymout y la de los *Connesistas* de la condesa Huntingdon? En todo el protestantismo no hallo ninguna iglesia apostólica, y aun *ultra-apostólica*, sino la de los Mormones, que afirman recibieron la biblia nueva, descendida para ellos del emperio, con el precioso descubrimiento de que los americanos descienden de los judíos, y tienen el derecho de casarse con diez ó cuarenta mujeres á la vez. .... Vamos, vamos; si un protestante se gloria de su *apostolicidad*, lo refutaré haciendo la mueca de un pilluelo de plaza: un pulgar en la punta de la nariz, y flauta con los demás dedos."

—Teneis razón para dar y vender, dijo Julia sonriendo: más no la expresais con lenguaje bíblico y teológico.

—Lo mismo da, dijo Smith. Era joven cuando escribí, y ahora que soy viejo no me gusta echar á perder mi poesía juvenil.—

John, se curaba poco de la forma, y mucho del valor de las razones. Siguió ade-

lante: "Es claro que Cristo, por una parte, prohibió cambiar nada de su evangelio, y que ordenó por otra que se predicara á todas las criaturas racionales. Luego un mismo evangelio debe ser común á todos los siglos y á todas las gentes: hé aquí porqué la iglesia debe ser católica. esto es, universal. Busqué la universalidad de las iglesias protestantes. Realmente tanto les falta, que hace pocos años estaban menos difundidas que un punto matemático: no existían en el cielo, ni en la tierra, ni en lugar alguno: Algunas son más jóvenes que mi barba. Las más antiguas hace trescientos años no habían nacido aún. Venidas luego á la luz, realmente se dividieron y quebrantaron hasta llegar á ser un mosaico esparcido en las regiones que primeramente acogieron la reforma. ¡Pobres iglesias impalpables, *homeopáticas*, *microscópicas*, imponderables! ¿Y vosotras pretendéis constituir la Iglesia que Cristo fundó, á fin de abrazar poco á poco todas las gentes? Lo peor es que por consignar estas iglesias como fundamento de su fe la profesión de un fundador, en naciendo (por la eterna volubilidad de los hombres) otro reformador, deben cambiar de fe: así la primitiva sociedad, en vez de propagarse, se dismi-

nuye, y en vez de llegar á ser universal, se transforma en "cantonal," local é individual. Es lo que vemos; el protestantismo no se dilata, sino que se tritura: su naturaleza íntima quítale hasta la posibilidad de ser un día universal. Nunca me forjaré ilusiones en este punto."

—¡Pero voz sois católico! exclamó Julia. Si la Iglesia de Cristo existe, y no en ninguna sociedad protestante, debeis buscarla entre los católicos; á no ser que os propongais encontrarla entre los musulmanes.

—No es necesario; tengo un expediente mucho más sencillo, repuso el anciano. Dejad primero que lo demuela todo, y después reedificaré.

John, preocupado, iba pasando las palabras por el alambique: "Vengámos al carácter de santidad intrínseca y de actividad santificadora que Cristo dió á su iglesia. He oído á protestantes jurar y perjurar que en sus países existe mayor moralidad que entre los que profesan otras religiones, y sobre todo, que entre los papistas. ¡Fábula! He tocado con el dedo que nacen en todas partes hombres de bien y malsines. Queriendo juzgar rectamente, sería preciso hacer el parangón de las so-

ciudades en condiciones idénticas. Quien, por ejemplo, compare la Francia del noventa y tres con la Inglaterra del mismo tiempo, no resolverá ningún problema sobre la moralidad relativa de las dos religiones, papista y protestante. Es preciso comparar una sociedad regida por leyes profundamente católicas con otra gobernada por leyes de todo punto protestantes, y que se hallen en circunstancias parecidas; es preciso luego comparar las clases con las clases correspondientes. Esto no se hace nunca ó casi nunca. He intentado hacerlo yo, y desapasionadamente: no he sacado más consecuencias que conjeturas. Si debiese decir dónde me inclino á creer mayor moralidad en el pueblo, según las estadísticas de los doctos, y según mis observaciones, afirmaríá que la virtud moral goza de mayor crédito entre los papistas. Entre ellos (hablo de las sociedades católicas regidas por gobiernos católicos) el delito se reprime con leyes inexorables y la pública decencia es amparada; los teatros, los periódicos y la prostitución, son refrenados; por el contrario, la beneficencia brota con una fecundidad maravillosa é incomparable. Su alabanza incontrastable y única es que la caridad católica

se ejerce de un modo peculiar; esto es, por medio del personal sacrificio de la comunidad, de las comodidades, de los bienes, y de la vida. Compañías innumerables de hombres y de mujeres se dedican á ella con heroica inmolación, en la flor de sus años, y hasta exhalar el último suspiro. Su clero regular y secular constituye un verdadero ejército auxiliar de doncellas, vírgenes consagradas; todos tienden á librar de la barbarie las tierras de los infieles, á mantener la piedad entre los fieles, y aliviar las necesidades de los enfermos, de los ciegos, de los locos, de los presos, de los apestados, de los díscolos, de los que han prevaricado y de los vacilantes. Para uno que falte á su vocación, hay ciento que siguen en ella constantes hasta la muerte. Nosotros desconocemos en absoluto este bello espíritu, verdaderamente santo á los ojos de cualquier hombre razonable. Hemos fundado ciertamente misiones, sociedades bíblicas, hospitales y obras de beneficencia; mas todo con dinero. En tres siglos de reforma no hemos producido un misionero voluntariamente pobre, ni una Hermana de la Caridad. Mas aquí no está el nervio de la cuestión."

--¿Dónde, pues? dijo Julia interrumpiéndole. Si aquí no está la cuestión toda, está en gran parte.

--Oíd, oíd, respondió John con el cuaderno en la mano. "La cuestión está en ver si las instituciones y las leyes morales de cada iglesia son á propósito para producir la santidad. Suprema institución de cada iglesia es su gobierno. Ahora bien. Veo que en todas las protestantes la gerarquía eclesiástica que gobierna tiene influencia santificadora escasísima. Nuestros pastores no son educados para esto, viven consagrados á los cuidados de su familia, y el pueblo mira el pastor, no como un ministro de santificación, sino como un empleado. En la Iglesia romana sucede todo lo contrario. El clero viene preparado y dispuesto á su misión con largos ejercicios; vive célibe, tiene acción continua sobre su grey, es su predicador asiduo, esencha su confesión voluntaria, lo reprende, lo aconseja, es el visitador del enfermo, el amigo del aldeano, el padre de la cristiana familia. Dejando, pues, la parte que corresponde á la humana debilidad, que juzgo igual en uno y en otro campo, es preciso, que las iglesias protestantes estén mnos santificadas que la papista, y